

Inspectoría de Nuestra Señora de Guadalupe

México, D. F., Octubre de 1978

**Don
Alberto
M.
López
Landa**



Queridos hermanos:

El próximo pasado día 12 de Septiembre, día consagrado al Dulce Nombre de María, nombre que, en su grande amor a la Sma. Virgen, había añadido a su primer nombre, el día de su primera

profesión religiosa nuestro llorado P. Alberto, volvía a la Casa del Padre, tras una vida de total entrega a Dios en la Congregación y dejando en pos de sí una estela de santidad, nuestro bienamado hermano

SAC. DON ALBERTO MARIA LOPEZ LANDA

Para todos cuantos lo han conocido y tratado en su larga y fructífera carrera salesiana sacerdotal, esta noticia resul- tará cuanto más dolorosa. En el concep- to de todos, nuestra Inspectoría y la Congregación han sufrido una gran pér- dida. Con él desaparece un verdadero patriarca, una figura señera, un santo salesiano, con un historial cargado de vicisitudes, de trabajos y sufrimientos, de enseñanzas y ejemplos luminosos. En el P. Alberto estaba la historia toda de la Inspectoría. Yo, en lo personal, he sentido su fallecimiento como una de las pruebas más grandes en mis años al frente de esta Inspectoría de N. S. de Guadalupe. Desde mi llegada, fue para mí una luz luminosa, cálida y densa en mi tarea de animar en la misión sale- siana a la Inspectoría. Lo ví siempre como la concha que, en el silencio de la profundidad, guarda todo y lo con- vierte en perla preciosa. De él, como de la Virgen, podemos decir que: "Todo lo guardaba y meditaba en su corazón". En esa interioridad sufría intensamente y se dolía cuando, sea en tiempos de la triste y dolorosa persecución religiosa, sea en épocas más recientes, veía a su Inspectoría pasar por dura crisis. Vivía en el silencio de su intimidad la vida de cada salesiano y hacía suyas sus penas e inquietudes, tratando de ayudarles a resolverlas con paterna comprensión dentro de la ortodoxia. Siendo Alberto el único varón dentro de la honorable Familia López-Landa, sus padres, mien- tras vivieron, y todas sus hermanas, eran para él "familia salesiana". Podría- se decir que cuantos, en alguna manera, entraban en su ámbito sacerdotal, se convertían en vida de su vida y centro de su especial interés. Esta fue su enfermedad. Y de eso murió. Yo, en lo per- sonal, vi en él algo así como otro Don Cafasso. Y en los diálogos de carácter espiritual que, a veces, sostenía con él, sentía como si su mirada me escudriña- se con delicadeza, para darme luz, y sa- bia orientación. (Quiero recordar aquí que, primero como integrante de un minúsculo grupo de salesianos que lo- graron permanecer en México en la diá-

pora provocada por la persecución reli- giosa y, después, por haber sido por dos veces Inspector, conocía perfectamente todas las situaciones, de lugar, de tiem- po y de personas). Su vocación misio- nera la vivió del mismo modo en una experiencia interior, después de varios años de labor en la Prelatura Mixepoli- tana, que le hacía seguir unido a cada misionero y a cada hermano de aquellas regiones que habían sido regadas por el sudor de su celo apostólico.

Al enterarse nuestro venerado Don Ricceri, que lo había conocido muy bien y tratado personalmente en diversas ocasiones, me escribía: "Me entero en estos momentos de la triste noticia de la muerte del querido P. Alberto López. Quiero que tú y toda la Inspectoría me sientan fraternalmente partícipe en este nuestro común luto. Recuerdo muy bien qué testimonio de coherente salesiani- dad dio siempre nuestro llorado P. Al- berto y cuán generosamente supo pro- digarse en aras de la misión salesiana, no arredrándose jamás ante las solicitu- des que le llegaban de los Superiores para asumir las más diversas responsa- bilidades. Tenemos necesidad de que el Señor nos siga dando todavía de estos santos salesianos: estos son la verda- dera riqueza de las Inspectorías..."

Nació el P. Alberto en la Ciudad de Puebla de los Angeles, México, el día 27 de Diciembre de 1901, en el seno de una de las más distinguidas y cristianas fa- milias de esa Ciudad. La esmerada edu- cación recibida se traslucía en la exqui- sita delicadeza de su trato, en la bondad y finura que lo distinguieron toda su vida y que, aún físicamente, se re- flejaba en su persona.

Tuvo su primer contacto con los Sa- lesianos en el Oratorio Festivo de su ciudad natal, en donde conoció al en- tonces clérigo tirocinante, Luis La Ra- voire Morrow, quien fue, posteriormen- te secretario de Mons. Guillermo Piani y, después, misionero y Obispo en Kris- nagar, India. El P. La Ravoire despertó en el jovencito Alberto el deseo de in- gresar en las filas de los Hijos de Don Bosco. A los 19 años, poseedor de una

brillante inteligencia y habiendo ya concluido sus estudios de bachillerato, pasó al Aspirantado salesiano de "San Juanico", en la periferia de la Ciudad de México. Allí, mientras cursaba sus estudios de latín y griego y recibía la adecuada formación a la vida religiosa salesiana, impartía lecciones de diversas asignaturas a sus demás compañeros. Coetáneo suyo y grande amigo y compañero fue el también, posteriormente, sacerdote salesiano, D. Guillermo Béguerisse, miembro él, asimismo, de prominente familia poblana y quien, anhelosamente, solicitó y obtuvo la gracia de consagrar su vida al apostolado sacerdotal entre los leprosos de "Agua de Dios" en Colombia. (En cumplimiento de su heróica misión, allí consumió su vida hacia fines de 1975, sin haber vuelto jamás a su Patria desde el año 1946 en que saliera de ella).

El P. Juan B. Pedroni era entonces, joven sacerdote, Consejero escolar del Aspirantado de San Juanico. Tiene este recuerdo respecto del P. Alberto. "Tenía yo, nos dice, en esa época, como asistente de los Aspirantes a un clérigo de extraordinaria inteligencia y excelente poeta. Fue trasladado a otra casa y, en su lugar, me enviaron al Sr. Alberto López. Puedo asegurar que el Aspirantado salió ganando con creces. Era una maravilla, un tesoro de jovencito".

En 1926, varios sacerdotes extranjeros fueron obligados a abandonar el País y hubo que clausurar el Aspirantado. El Clérigo Alberto López había terminado ya su tirocinio práctico y el P. Inspector, D. Pablo Montaldo, lo envió al Estudian-tado Teológico Internacional de la Crocetta, en Turín. Allí destacó, sea por su gran virtud, sea por su preclara inteligencia. En la Facultad Teológica de la misma Ciudad de Turín, obtuvo la Láurea de Doctor en Teología. Fue ordenado Sacerdote en la Basílica de María Auxiliadora, por manos de Mons. Ernesto Coppo. Compañeros suyos de estudios en Italia, ocuparon, posteriormente, relevantes puestos en la Congregación y en la Iglesia. Señalamos, de entre ellos, al Rvmo. P. D. Albino Fedrigotti, quien, por algún tiempo gobernó la Provincia México-Antillana (1946-1948), pasando luego a ocupar alto cargo en el

Consejo Superior de la Congregación. La estima y amistad profunda de este Superior y demás compañeros de la Crocetta, son unánime testimonio de su capacidad intelectual y, sobre todo, de las virtudes religiosas del P. Alberto.

De regreso de Italia, entregó las primicias de su apostolado sacerdotal en la Isla de Cuba, con el cargo de Consejero escolar. De nuevo en México, le tocaron los años difíciles que precedieron el vendaval persecutorio de 1936, siendo Director de la Casa de Morelia. Pero aquel sacerdote, aunque joven (llevaba seis años de ordenado), era poseedor de una madurez, prudencia y serenidad extraordinarias, y tuvo la virtud, junto con un puñado de salesianos, sobrevivientes de aquella tempestad, de mirar con esperanzas y confianza hacia el futuro de la Obra Salesiana en México. Y tales esperanzas, con la gracia de Dios y el Auxilio de María, no quedaron defraudadas: El año de 1941, se reiniciaba la siembra con un pequeño grupo de Aspirantes, en una casa del viejo Mixcoac, entonces en la periferia de la Ciudad de México, ahora absorbido por esta inmensa capital. Al frente de ellos, como Director, el P. Alberto. "Cuánto admiramos, desde entonces, atestigua uno de los integrantes de ese grupo, actual sacerdote salesiano, sus dotes extraordinarias de gobierno, su prudencia y la forma en que sabía inspirar a los jóvenes estudiantes de latín una piedad sencilla, pero sentida y profunda, de la que él daba admirable ejemplo.

Aquel grupo era como la célula vital, que se multiplicaba año con año: para 1943 el número de aspirantes llegaba ya a más de 100. Y el trasplante se imponía. Fue el "casco" (núcleo habitacional) de la ex-Hacienda de "San José-Venta de Cruz", en los límites de los Estados de México y de Hidalgo, el lugar elegido para dar cabida a ese grupo. Era como un pequeño oasis en esa región casi desértica, en un horizonte ilimitado de agaves y de cactus en todas sus variedades. Allí vivió el P. Alberto dos años de la época heróica del Aspirantado salesiano de México: instalaciones precarias y poco funcionales, escasez de agua aun para los servicios más indispensables; incomunicación con otros

centros de población, límitación de recursos económicos... Pero todas estas estrecheces, penurias e incomodidades de todo género, las suplía el optimismo, la fe, la confianza ilimitada del P. Alberto en la Divina Providencia, virtudes que él sabía contagiar a los Salesianos que con él colaboraban y a todos los aspirantes. Nunca se le vio decaído, desalentado, ni mucho menos derrotado ante los problemas y adversidades. Sus penas íntimas, no las dejaba traslucir. Mostraba un semblante alegre y bondadoso y tenía una suave sonrisa para todos. ¡Cómo recuerdan sus exalumnos de "Venta de Cruz" la figura extraordinaria de este salesiano que, siguiendo los ejemplos de Don Bosco, supo difundir a su alrededor alegría, serenidad y entusiasmo por la vida, aun en momentos difíciles y aun dolorosos! ¡Y vaya que los hubo! Dolorosos y angustiantes. Entre ellos, la muerte de un santo aspirante, en la flor de la edad.

Después de 20 años de haberse interrumpido el Noviciado Salesiano en México, le tocó al P. Alberto su reapertura el año de 1945, en la Casa de "El Refugio", en la Ciudad de Puebla. Fue el primer Director en esta nueva etapa. Posteriormente fue nombrado también Maestro de Novicios, hasta que el Noviciado fue transferido a Coacalco, en el Estado de México. Quienes le tuvieron como formador, espejaron en él su conducta, hombre fiel a Dios, coherente consigo mismo, austero y, cuando era necesario, intransigente, plenamente identificado, en doctrina y en su vida, con su vocación salesiana y sacerdotal.

Los años siguientes transcurrieron para el P. Alberto como Director del Estudiantado Filosófico de Chapalita, en Guadalajara, de 1953 a 1956. Este año, al terminar su período de Inspector el P. Antonio Ragazzini (q.e.p.d.) fue designado como sucesor suyo en el gobierno de la Inspectoría de N. S. de Guadalupe el P. Alberto López, siendo, así, el primer Provincial Salesiano de nacionalidad mexicana. Se pusieron entonces aún más de relieve sus no comunes dotes de gobierno y de organización, unidos a su característica bondad que sabía aunar con la firmeza en sus determinaciones, siguiendo el aforismo de "Fortiter in re,

suaviter in modis".

Sobre este particular, así nos da su opinión un salesiano de la vieja guardia, que conoció al P. Alberto desde toda la vida: "Podrá discutirse, dice, la cautela del P. Alberto para reinstalarse en las nuevas corrientes, tan complejas, del postconcilio. No lo fascinaron neo-teologías, muy discutidas y muy discutibles. Más aún: lamentó él mismo (dados su currículum agotador en largos años de gobierno, como Director y como Inspector), no haber podido obtener los logros de un "aggiornamento" congruente con su Láurea doctoral de Teología Turinesa-Crocettiana (1926-1930). Con todo eso, su claridad de juicio, su indiscutible ortodoxia salesiana, su excepcional don de gentes, sus tácticas prudentes, apaciguadoras, al par que valientes, su intensa, a la vez que ordenada, capacidad de trabajo, dieron un sello a su salesianidad, que, durante largos años, lo colocaron como uno de los más capacitados líderes de la Comunidad Salesiana de nuestra Patria". (RSV)

Por su delicado estado de salud, dos años después de su nombramiento como Inspector, tomó la decisión de renunciar a su cargo y, así, pasó como Director al Estudiantado Teológico de Coacalco.

Para 1963, la Inspectoría había crecido en número de Salesianos y campos de actividades: desde las Misiones entre los Mixes, Chinantecos y Zapotecos en Oaxaca y Veracruz, hasta una Casa en el Estado de Texas, de la Unión Americana. Esto dio origen a la erección de una nueva Inspectoría. La del Norte de la República quedó bajo el gobierno del P. José Luis González, con sede en Guadalajara; la del Sur, con sede en México, Capital, bajo el gobierno del P. Alberto M. López. Este período pudo terminarlo felizmente como Inspector Provincial el año de 1969.

Dio entonces el P. Alberto un notable ejemplo de prudencia y de humildad, al pasar de su alto cargo, a la humilde Parroquia de Ayutla, en Oaxaca, para trabajar en el campo de nuestras Misiones en la región mixe, edificando a los demás misioneros por su trabajo, tesonero y callado, durante casi tres años.

De las misiones de Oaxaca, regresó como Director del Aspirantado "Juan

Ponce de León", en Puebla. Luego pasó, como Director también, a la Parroquia de El Refugio, en la misma Ciudad, prodigándose, a pesar de la, ya entonces, precaria salud, en las obras inherentes al apostolado parroquial salesiano.

Prolongados habían sido sus sacrificios por las molestias que le ocasionaban las deficiencias orgánicas que ya empezaban a recrudecerse. La gravedad, sin embargo, puede decirse que sobrevino, relativamente, inesperada y fue por demás breve. Sometido a una intervención quirúrgica en el aparato digestivo, abrigábamos la esperanza de que fuese un éxito. Dios no lo quiso así. Su organismo no logró reaccionar y falleció al día siguiente día 12 de Septiembre, festividad del "Dulce Nombre de María", nombre que él, en su primera profesión religiosa, había querido añadir al de Alberto. Hasta el fin de sus días, se firmó siempre "Alberto M. (aría) López". Murió santamente, acompañado de sus hermanas (una de ellas religiosa, de las "Damas del Sagrado Corazón", y otros familiares, más los hermanos de su Comunidad y de otras Casas cercanas. La misa concelebrada, de cuerpo presente, en su Parroquia de El Refugio, fue presidida por el P. Inspector y su Consejo, acompañado por muchos otros sacerdotes y numerosa representación de las diversas Comunidades salesianas. Tanto la santa Misa como el cortejo fúnebre y el sepelio en el Cementerio de "La Piedad", en la Ciudad de Puebla, fue un verdadero plebiscito, una verdadera manifestación del grande aprecio y veneración que todas las clases sociales nutrían hacia el P. Alberto. Innumerables fueron los participantes. Como detalle edificante, pláceme el dejar aquí constancia de cómo sus familiares estuvieron, en esta luctuosa circunstancia, a la altura

de su cristianismo y de su salesianidad. La Familia López-Landa y la Familia Salesiana se fundieron en un mismo sentir y en una misma esperanza. "Alberto, dijeron sus hermanas, quiso ser de Don Bosco y lo fue toda su vida. Ahora en el Cielo, siga formando parte de la Familia Salesiana y desde allá nos proteja a todos". Y desearon que sus despojos mortales reposaran en la Cripta de los Hijos de Don Bosco más bien que en la Cripta de la Familia López-Landa. Familia del P. Alberto: nos unimos a vuestro natural dolor humano, como también a vuestra fundada esperanza y a vuestra alegría por contar con un intercesor más, vuestro y nuestro, en el Paraíso salesiano, como decía Don Bosco.

Concluyo, mis buenos hermanos: Recibamos la herencia espiritual del P. Alberto que, junto con la de tantos otros Salesianos, en México y en toda nuestra Congregación, constituye un tesoro de auténtica salesianidad, al mismo tiempo que nos enriquece para sentirnos animados en la ruta del futuro. No podemos defraudar a nuestros padres. Somos fruto de simiente santa. Sigamos tras sus huellas y México salesiano cumplirá con su misión salvífica en la Iglesia.

Afmo. en D. Bosco
Sac. José R. Gurruchaga Ezama
Inspector

DATOS PARA EL NECROLOGIO:—
SAC. ALBERTO M. LOPEZ LANDA:
Nació en la Ciudad de Puebla de los
Angeles (México), el día 27 de Diciembre
de 1901. Murió en la misma Ciudad
de Puebla el día 12 de Septiembre de
1978, a la edad de 77 años, 55 de profesión
y 48 de Sacerdocio. Fue Director
por 38 años y por 9 Inspector.